



MATÍAS EZEQUIEL TILOCCA

Álgebra Yonqui



Cursé el primer año en Periodismo y Comunicación Social en mi ciudad natal: ciudad de La Plata, Argentina. De allí me vine a la UNILA y ahora soy formando en Letras, Artes y Mediación Cultural – LAMC. Es donde inicié el camino científico en crítica literaria. A la vez me apasiona la poesía, la cocina y el autocultivo. Quisiera combinar estas pasiones en la escritura y la comunicación.

Álgebra Yonqui

William Burroughs escribe *Yonqui* (1953) una década después de su iniciación, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, en las drogas duras. Formula un itinerario autobiográfico de los entramados de la adicción anunciando un porqué inquietante para el sentido común: “He aprendido la ecuación de la droga. La droga no es, como el alcohol o la hierba, un medio para incrementar el disfrute de la vida, la droga no es un estimulante. Es un modo de vivir”. Ese modo de vivir aunque destructivo está cargado de positividad.

Burroughs carga en su botiquín mental un arsenal de respuestas complejas para preguntas que más que existenciales ya podemos ubicarlas en el orden de los formularios triviales. Por qué un hombre se convierte en drogadicto, pregunta en el prólogo y responde: “Normalmente no es algo que uno se propone”, atribuyéndole a la



adquisición del hábito y sus constitutivos síntomas de carencia el demarcador esencial para decretarse el estado de drogadicción. De la primera inyección, bastaron seis meses para asumirse capturado por el vicio.

Da otras explicaciones para dar inteligibilidad a la conversión al modo de vida que es la droga: por carecer de otras “motivaciones fuertes”; porque la droga “se impone por defecto”; o en su caso Burroughs afirma: “Yo empecé por una cuestión de seguridad”. El origen de la adicción es difícil descifrar, dice, porque justamente no es por convicción o proyección totalmente consciente sino que, y muy por el contrario, “una mañana uno se despierta enfermo y ya es adicto”.

No se debe leer *Yonqui* con el prejuicio hacia el exceso, la destrucción interior, la perdición de vidas enajenadas de una moral ciudadana de supuestas reglas claras y bienintencionadas. Burroughs no lamenta ni un miligramo su experiencia con las drogas, y cree que su salud ha sido mejor que si no fuera adicto. Distinto a las limitaciones que se suele adjudicarle al drogón o drogona, Burroughs no escrupula al decir: “Un adicto nunca deja de crecer”. En otras páginas del prólogo, cuenta cuando el psicoanalista lo consideró un “perfecto destructivo” y que el resultado del analista lo dejó muy contento, seguramente porque lo que para el saber científico es destrucción para Burroughs es crecimiento.

Burroughs inyecta argumentaciones que los usuarios de drogas en general comparten, no las instituciones médicas, ni represivas ni eclesiásticas: “La droga es una ecuación celular que enseña a los usuarios hechos de validez general”, la droga como mecanismo de enseñanza sobre la percepción del tiempo, el placer del alivio, la agonía de la privación, la química corporal propia, la experiencia de compartir la enfermedad y la quietud de la miseria con otros yonquis. El saber en la marginalidad, los obstáculos en la vincularidad y la reacción afectiva. Porque droga (heroína, codeína) no es sinónimo de estimulantes como el faso y el alcohol, sino un modo de vida. Una ecuación de difícil acceso para quien no conoce la subterrneidad hecha cuerpo.

Texto elaborado a partir de: BURROUGHS, William. **Yonqui**. Traducción de Martín Lendínez. 3ª edición. Barcelona: Bruguera, 1984.